

que con frecuencia me vi obligado a respetar la mala hierba por miedo a arruinar la flor. Desde esa época hasta la fecha no he publicado, con mi nombre, nada que pudiera llamar la atención de la crítica anónima<sup>5</sup>. En lo que toca a los tres o cuatro poemas que se imprimieron junto con las obras de un amigo, las críticas, cuando las hubo, señalaron los mismos o similares defectos, aunque esta vez, según creo, con menor motivo: en concreto, se les reprochó un «exceso de ornamento», así como una «dicción forzada y elaborada»<sup>6</sup>. (*Véanse las críticas a la «Balada del Viejo Marino» en las reseñas del primer volumen de Baladas Líricas aparecidas en las revistas mensuales.*) Permítaseme añadir que, incluso en este periodo temprano de mis poemas juveniles, discernía y admitía la superioridad de un estilo austero y natural con una claridad de juicio no inferior a la que ahora poseo. Mi capacidad crítica era mayor que mi poder para poner en práctica sus dictados; y los errores de mi lenguaje poético, aunque debidos en parte a una mala elección de temas, y al deseo de otorgar colorido poético a verdades abstractas y metafísicas, gracias a las cuales un nuevo mundo parecía entonces abrirse ante mí, tenían igualmente su origen en el genuino apocamiento de mi propio talento comparativo. Durante varios años de mi juventud y temprana adultez, reverencié con tal entusiasmo a quienes habían reintroducido la viril simplicidad de los griegos y de nuestros poetas mayores, que la esperanza de escribir con éxito en el mismo estilo parecía presuntuosa. Tal vez a otros les haya sucedido algo similar; pero mis poemas tempranos están marcados por una naturalidad y una sencillez que he tratado, tal vez con menos éxito, de imprimir a mis composiciones posteriores.

En la escuela gocé de la inestimable ventaja de contar con un maestro muy sensato, aunque también muy severo. Este preceptor\* moldeó tempranamente mi juicio y me enseñó a preferir a Demóstenes sobre Cicerón, a Homero y Teócrito sobre Virgilio, y al propio Virgilio sobre Ovidio. Me acostumbró a comparar a Lucrecio (en los extractos que entonces pude leer), Terencio, y sobre todo las piezas más castas de Catulo, no sólo con los poetas romanos de la etapa posclásica, sino también con aquellos de la edad augusta; y, según los principios del sentido común y la lógica universal, a observar y afirmar la superioridad de aquellos por lo que toca a la verdad y naturaleza nativa de sus ideas y su dicción. A la vez que estudiamos a los poetas trágicos

\* El reverendo James Bowyer, que fue durante muchos años el director de la escuela de Christ's Hospital.

griegos, nos dio a leer a Shakespeare y Milton: y no en vano eran las lecciones que exigían más tiempo y más esfuerzo si uno pretendía aplicarse y escapar a su censura. De él aprendí que la Poesía, incluso aquella que informa las Odas más elevadas y en apariencia salvajes, tenía una lógica propia, tan severa como la de la Ciencia<sup>7</sup>; y más difícil por más sutil, más compleja, porque depende de más causas, y éstas a su vez son más transitorias. En los poetas en verdad grandes, decía, se puede asignar una razón, no sólo a cada palabra, sino a la posición de cada palabra; y recuerdo muy bien que, echando mano de los sinónimos del lenguaje de Homero propuestos por Dídimo<sup>8</sup>, nos obligaba a que explicáramos *por qué* ninguno de ellos habría cumplido el mismo fin; y también *en qué* consistía la peculiar idoneidad de la palabra incluida en el texto original.

En nuestras propias composiciones en inglés (al menos durante los últimos tres años de nuestra educación escolar), no mostraba piedad alguna con toda aquella frase, metáfora o imagen que no tuviera un sentido firme, o cuyo sentido pudiera expresarse con iguales fuerza y dignidad en términos más sencillos. Palabras como laúd, arpa y lira, musa, musas e inspiraciones, Pegaso, Parnaso e Hipocrene, le resultaban abominables. Casi puedo imaginármelo ahora exclamando: «¿Arpa? ¿Arpa? ¿Lira? Dirás mejor pluma y tinta, muchacho. ¿La musa? ¿La musa? La hija de tu niñera, querrás decir. ¿El manantial de Pieria? Ah, la bomba del claustro, imagino.» Más aún, ciertas introducciones, símiles y ejemplos aparecían por su nombre en una lista de prohibiciones. Entre los símiles se hallaba, según recuerdo, el del manzanillo, pues se adecuaba por igual a demasiados asuntos<sup>9</sup>; la palma, con todo, se la llevaba el ejemplo de Alejandro y Clito, que era igualmente válido y apto a cualquier asunto<sup>10</sup>. ¿La ambición? ¡Alejandro y Clito! ¿La adulación? ¡Alejandro y Clito! ¿La ira? ¿La ebriedad? ¿El orgullo? ¿La amistad? ¿La ingratitud? ¿El arrepentimiento tardío? Una y otra vez, ¡Alejandro y Clito! Cuando finalmente se llegó al extremo de ilustrar el elogio de la agricultura con la sagaz observación de que si Alejandro hubiera sostenido las riendas del arado, no habría atravesado a su amigo con una lanza, este atribulado y servicial viejo amigo fue expulsado por edicto público *in secula seculorum*. En ocasiones me he aventurado a pensar que una lista de esta especie, o un *index expurgatorius*<sup>11</sup> de ciertas frases bien conocidas y reiteradas, tanto introductorias como de transición, incluyendo asimismo la extensa variedad de modestos egotismos y lisonjeras apelaciones, etcétera, etcétera, debería colgar públicamente de los muros de nuestros tribunales de

justicia y de nuestras dos cámaras parlamentarias, lo que supondría un gran beneficio para los asistentes, un importante ahorro de tiempo para la nación y un incalculable alivio para los ministros de su Majestad, así como un medio de asegurar el agradecimiento de los abogados, y de sus clientes, que someten sus mociones a debate en el Parlamento.

Sea como fuere, había una costumbre de nuestro preceptor sobre la que no puedo pasar en silencio, puesto que la juzgo inimitable y digna de imitación. A menudo, con el pretexto de que carecía de tiempo, dejaba que nuestros ejercicios sobre varios temas se acumularan, hasta que cada muchacho tenía cuatro o cinco que exigían revisión. Luego, esparciéndolos *todos* sobre su mesa, le preguntaba a su autor por qué esta o aquella oración no podía hallar un lugar igual de apropiado en el contexto de esta o aquella tesis; y, si no obtenía una respuesta satisfactoria, y encontraba dos errores de la misma especie en un solo ejercicio, pronunciaba su veredicto inapelable, rompía el ejercicio en pedazos y daba a hacer otro sobre el mismo tema en adición a los deberes del día. El lector, confío, sabrá disculpar este tributo de la memoria a un hombre cuyos rigores, aún ahora, no pocas veces amueblan esos sueños que la ciega imaginación emplea para justificar ante la mente las dolorosas sensaciones del sueño destemplado; pero ninguno de ellos merma o aligera la gravedad de mis obligaciones morales e intelectuales. Nos envió a la Universidad convertidos en excelentes latinistas y helenistas, y en tolerables hebraístas. Sin embargo, nuestro conocimiento de los clásicos fue el menor de los dones que recibimos de su tutela concienzuda y llena de celo. Hace un tiempo ya que partió hacia su recompensa final, lleno de años y de honores, incluso de aquellos honores que su corazón más estimaba, como los que su escuela, agradecida, le concedió, y que siguieron vinculándole a los intereses de aquella institución en la que él mismo se había educado y a la cual sirvió con dedicación toda su vida.

Por causas que no es el momento de investigar, ningún modelo del pasado, por perfecto que sea, puede influir con la misma viveza en la mente joven que las producciones del genio contemporáneo. La disciplina a la que había sido sometida mi mente, «*Ne falleretur rotundo sono et versuum cursu, cincinnis et floribus; sed ut inspiceret quidnam subesset, quae sedes, quod firmamentum, quis fundus verbis; an figurae essent mera ornatura et orationes fucus: vel sanguinis e materiae ipsius corde effluentis rubor quidam natus et incalescentia genuina*»<sup>12</sup>, eliminó todos los obstáculos que pudieran impedirme apreciar la excelencia estilística, y lo hizo sin merma de mi capacidad de disfrute. Que

me hallara preparado de tal modo para la lectura cuidadosa de los sonetos y poemas tempranos del Sr. Bowles es algo que acrecentó de inmediato *su* influencia y *mi* entusiasmo<sup>13</sup>. Las grandes obras del pasado le parecen a un hombre joven cosas de otra raza, con respecto a las cuales sus facultades han de permanecer en un estado de pasividad y sumisión, igual que ante las estrellas y las montañas. Pero los escritos de un contemporáneo, alguien tal vez no mucho mayor, rodeado por las mismas circunstancias y disciplinado por las mismas costumbres, tienen para él una *realidad* ostensible e inspiran, de hecho, una amistad tan intensa como la que puede unir a dos hombres. Su admiración es el viento que aviva y alimenta su esperanza. Los poemas mismos asumen las cualidades de la carne y la sangre. Recitarlos, ensalzarlos, discutir en su nombre no es sino el pago de una deuda a alguien que existe para recibirlo.

Hay, en verdad, métodos de enseñanza que han producido, y están produciendo, jóvenes marcados por un sello bien diferente; métodos de enseñanza en comparación con los cuales se nos ha pedido que despreciemos nuestras grandes escuelas privadas y universidades

en cuyas salas cuelga la armadura  
de los invictos caballeros de antaño...,<sup>14</sup>

métodos gracias a los cuales los niños han de metamorfosearse en prodigios. ¡Y buenos prodigios he visto así engendrados! ¡Prodigios de engreimiento, superficialidad, arrogancia y deslealtad! En lugar de llenar la memoria, durante el periodo en que la memoria es la facultad predominante, con hechos y datos sobre los que el juicio pueda ejercitarse posteriormente; y en lugar de despertar por obra de los más nobles modelos sentimientos puros y tiernos de Amor y Admiración, que conforman el grácil y natural temperamento de la temprana juventud; a *estos* niños de teta de la nueva pedagogía se les enseña a discutir y a decidir; a sospechar de todo excepto de la sabiduría propia y la de su profesor; y a no tener nada por sagrado y libre de desprecio; niños licenciados en todas las técnicas, y en toda la impudicia y la pasión rastrea, de la crítica anónima. Sólo a disposiciones tales se aplica necesariamente la admonición de Plinio: «Neque enim debet operibus ejus obesse, quod vivit. An si inter eos, quos nunquam vidimus, flourisset, non solum libros ejus, verum etiam imagines conquireremus, ejusdem nunc honor praesentis, et gratia quasi satietate languescet? At hoc pravum, malignumque est, non admirari hominem admiratione